



Tratado de Paz entre naves y castillos

Patricia Bolaños González

Representación del Tratado de Paz (2020). JFA

El despertador sonó a las siete en punto. Se aferró a la almohada y se dio la vuelta entre las sábanas entreabriendo los ojos. «Jueves, todavía». Volvió a cerrarlos. Unos segundos, apenas. Se levantó de golpe. Junto a la cama no estaba el uniforme del colegio. Unos pantalones bombachos, esta vez, un pañuelo marinero, unas calzas y un chaleco de anudar al pecho. Pasó la mano por el fajín de lino y recordó las palabras con las que ella misma iba a dar comienzo al acto dentro de unas horas. Las tenía escritas en un papel, sobre el escritorio. «El jueves 30 de enero de 2020, cuando la mañana apenas había despertado y el sol empezaba a desplegarse sobre Santa Cruz de La Palma, el castillo de la ciudad avistó desde su elevada torre de guardia un gran barco de vela blanco que navegaba hacia la costa...». Descorrió las cortinas de su habitación y proyectó la vista hacia el exterior. El sol aún no

se había desplegado y tampoco se había despertado la mañana, pero pudo intuir, entre ese claroscuro de los amaneceres invernales, el perfil de la ciudad con el colegio arriba. Por debajo, el mar frente a su mirada sagaz, que ya dibujaba una nave al fondo y un castillo atrincherado a poca distancia de la costa.

La ropa le quedaba un poco grande, pero enfiló el pasillo rumbo a la cocina. Había dejado la mochila, llena de libros y cuadernos, en el dormitorio. Hoy podía prescindir de ella. «Si vas a asaltar la isla, al menos llévate refuerzos». Su padre señalaba al tranquilo gato gris que frotaba su costado en el marco de la puerta, atento a cualquier resto de comida susceptible de caer al suelo. «Es el Día de la Paz, y a los gatos no les gustan las palomas. O les gustan demasiado». Rieron, y su madre le ajustó el pañuelo a la cabeza. «Vas a necesitar energía a bordo». Le alisó el fajín

mientras le acercaba un «colacao» a su lado de la mesa.

Cuando se subió en el coche, el día ya clareaba. «¿A qué hora empieza el acto?». «A las once 11, en la plaza de San Francisco. Vamos a representar el Diálogo entre el Castillo y la Nave. Año de Bajada, ya sabes...». «Irán hasta allí en barco, supongo...». Miró de reojo la media sonrisa de su padre por encima del volante. «Ja-ja-ja... Saldremos del cole en manifestación silenciosa. Todos, alumnos y profesores, desde La Palmita, calle Real arriba, hasta San Francisco». «Allí estaré». «No hace falta que vayas... Será algo sencillo...». Agachó un poco la cabeza, tímida pero satisfecha. «Allí estaré. Allí estaremos todos, y lo sabes».

En la puerta del colegio, ya se palpaba el ambiente de fiesta. Se bajó del coche y se sumó al grupo de alumnos que esperaba el sonido de la campana para entrar. Cuatro marineros más y cinco soldados, todos compañeros del curso de cuarto de la E.S.O., ataviados para la ocasión, iban y venían entre los corrillos que se formaban en la entrada. Los que llegaban se paraban a observar sus uniformes: de gris y verde, solícitos y diligentes, los marineros de la nave; de blanco, azul y malva, elegantes y formales, los soldados del castillo.

Entró en el aula como un día cualquiera, aunque sonaba John Lennon a través de la megafonía. «Imagine all the people / living life in peace / you may say I'm a dreamer / but I'm not the only one». A medida que iba bajando el volumen de la melodía, la oración de la mañana anunciaba que aquella jornada sería el día grande de la paz.

Poco antes de las diez de la mañana, se puso todo en marcha. Observó a los profesores moviéndose de un aula a otra para dar las últimas pautas de colocación a su

dispuesto ejército de alumnos, repartiendo broches y pancartas. Parecían nerviosos, pensó. Quizá, entusiasmados. Miró a través de la ventana de su clase y vio a los pequeños ya en la puerta del colegio. Preparados, inquietos, ansiosos. Los chiquillos de Infantil, acompañados por los mayores de Secundaria, conformando las primeras filas; a continuación, los niños de Primaria, ilusionados, cerrando filas de menores a mayores.

Se reunió con el reducido grupo de compañeros ataviados de marineros y soldados. Era el momento de bajar a encabezar la marcha. Encararon las escaleras del colegio, cruzaron el patio con sus guiones en la mano ante la mirada expectante de sus compañeros y ocuparon los primeros puestos de la marcha. Solemnes los soldados, con sus botas relucientes marcando los primeros pasos, cuesta de El Pilar abajo; disciplinados los marinos, marcando el ritmo de la travesía bajo el sol de enero sobre el mar adoquinado de El Lomo. Por la calle Real, sólo escuchaba el silencio a su espalda, pero sentía el calor de un colegio inmenso gritando sin palabras por las calles que la paz iba llegando a puerto. Hasta que desembarcaron en la plaza.

Salida desde La Palmita (2020). JFA





Representación del Tratado de Paz (2020). JFA

Subió las escaleras. Al frente, una enorme nave blanca pintada sobre un lienzo les dio la bienvenida; al otro lado, la torre dispuesta para la batalla. Todos, absolutamente todos, ocuparon sus puestos: la marea blanca se situó en la parte baja de la plaza; los soldados se emplazaron en la torre del castillo; los marineros, a babor y estribor del barco; y, de ellos, los maestros de ceremonias, con el micrófono temblando ligeramente entre sus manos, tomaron la palabra:

«El jueves 30 de enero de 2020, cuando la mañana apenas había despertado y el sol empezaba a desplegarse sobre Santa Cruz de La Palma, el castillo de la ciudad avistó desde su elevada torre de guardia un gran barco de vela blanco que navegaba hacia la costa. Temiendo el castillo que se tratara de un buque pirata

que se acercaba con el objetivo de atacar a la población, preparó su artillería en el patio de armas y se dispuso para la defensa. Sin embargo, las intenciones del velero eran otras muy distintas, y así se lo hizo saber al castillo, con un diálogo que transformó una declaración de guerra en un acuerdo de paz».

Levantó la vista, y sí, allí estaba él, con la media sonrisa asomando por encima de la fuente. Allí estaban todos: madres, padres, tíos, abuelos, compañeros, profesores..., atentos a lo que ocurría en la zona más alta de la torre, donde Fernando Marante, flanqueado por dos soldados de napoleónico sombrero, ya recitaba los primeros versos del diálogo. Más abajo, junto a la nave, Pilar Acosta, acompañada por los tripulantes, se preparaba para responderle:



Representación del Tratado de Paz (2020). JFA

«CASTILLO

Silencio... Silencio... Silencio...
Esta plaza y los alumnos del Colegio La Palmita
escuchen a mi voz
y desempeñen su labor protagonista en esta cita.
Viajera Nave, que sin rumbo fijo navegando
a este Día de la Paz lustral arribas saludando,
dime tu nombre y muéstrame tu cargamento
o caerán mis cañones sobre ti violentos.

NAVE

Castillo esquivo, interrumpir no pretendas
el viaje hacia la paz que voy trazando en el mapa [de] mi agenda.
A tu fiera voz y a tu curiosidad contesto:
traigo a profesores y alumnos un mensaje honesto.
A bordo llevo calma para encarar tormentas,
luz para que vuestro corazón no palpite a tientas,
fe en el compañero de pupitre
y una milla de cordura que en el conflicto arbitre.

CASTILLO

No confío en tus inciertas intenciones.
Recuerda la amenaza de mis cañones.
Tu nombre di, desconocido barco de palabra vaga,
o estos niños tendrán que ver cómo naufragas
en el horizonte sin haber clavado tu ancla a nuestra orilla
mientras la voz de mi artillería sobre tu noche brilla.

NAVE

Contén tu desconfianza y contempla a toda esta gente unida,
alegra tus cañones y torna tu enfado en bienvenida.
Con tu fuerza y tu bravura el motivo de mi viaje ampara.
Yo me llamo *Gaviota Blanca de los Mares*.
Vengo de sellar la paz en lejanas tierras
donde la ira de los hombres desató atroces guerras,
de soltar en libertad al viento blancas palomas



Desfile de alumnos en la calle Real (2020). JFA



Representación del Tratado de Paz (2020). JFA

donde la pólvora cubría el aire con su ceniciento aroma.
 Traigo en mis bodegas a todo este alumnado
 voluntad y tesón para afrontar el curso con agrado;
 traigo serenidad, entusiasmo y empatía a los docentes
 para formar a jóvenes pacíficos valientes;
 traigo a los padres el abrazo interminable,
 el hombro cálido parar secar el llanto reparable;
 traigo desde el mar a la comunidad educativa
 la ruta y el timón que conducen a la verdad contemplativa;
 la garra y la energía a la gente de esta tierra marinera
 para mantenerse siempre unida y ser modelo de paz ahí fuera.
 Y a cada uno de vosotros,
 los ojos del amor para mirar desde el lugar del otro.
 Este es mi cargamento y no escondo engaño en mi navegar tenaz,
 pues soy la blanca *nave de la paz*.

CASTILLO

¡Salve, Nave Compasiva! Difunde como Santo Domingo tu mensaje.
 Que sobre el mundo entero caiga como pétalos al abordaje.
 Recorre con el viento a favor tu travesía
 y dirige tu mástil hacia Dios cuando la vela mayor sientas vacía,
 que yo te ofrezco protección al silencio de mi artillería
 mientras Dios abre sus manos por encima de las mías
 para recibir al vuelo mis palomas con su aleteo vivaz,
 que hacen salvas a la *nave de la paz*.

Artillero, lanza las palomas a Dios... ¡Viva la paz!
 Artillero, lanza las palomas a Dios... ¡Viva la paz!
 Artillero, lanza las palomas a Dios... ¡Viva la paz!».



Representación del Tratado de Paz (2020). JFA



De repente, se sobresaltó con el estampido del primer cañonazo. Uno de los soldados, apostado a los pies de la torre, enfundado en casaca y correaes, había hecho estallar un cañón de confeti y la plaza se llenaba de colores. Después, soltaron las palomas, que emprendieron el vuelo bajo el arco del castillo impulsadas por las manos diminutas de los compañeros más pequeños. Fernando lanzó el segundo viva, y el segundo cañonazo de colores sobrevoló los alrededores del convento junto a una ráfaga de palomas blancas.

La emoción dio paso a la alegría, los nervios se tornaron en sonrisas de satisfacción y empezó a sonar una melodía de Macaco. «Una sola voz seremos / si tu corazón y el mío / canta[n] al mismo tiempo». La marea blanca se levantó y, tubos de cartón en mano, todos a una, pusieron voz a una co-

reografía donde juntos giraban en la misma dirección guiados por el ritmo de la música.

Arriba, en la planta superior de la plaza, los ejércitos de ambos bandos se mezclaron en un abrazo que no necesitó palabras para expresar que la paz había llegado a su destino. Ella miró de reojo desde lo alto: ya comenzaba a bajar la marea blanca poniendo rumbo silencioso de vuelta a su colegio.

Profesora del Colegio Santo Domingo de Guzmán. El texto es una adaptación del *Diálogo entre el Castillo y la Nave* de Patricia Bolaños González. La comisión organizadora del acto estuvo formada por las profesoras del colegio Santo Domingo de Guzmán *Idoliría Cabrera Brito, Delia María Rodríguez Pérez, Carmen Angélica Rodríguez Castro* y Patricia Bolaños González.